

INTRODUCCIÓN

Frente a la homogeneidad climática, la dinámica histórica mediterránea está marcada por dos rasgos fundamentales: la *diversidad* y el *intercambio*. Ambos han actuado intrínsecamente como complementarios. De tal manera que a través de la diversidad, geográfica y antropológica, del intercambio, y de la interculturación, se manifiesta y potencia el vigor y la riqueza de las experiencias de las sociedades mediterráneas. Obviamente este proceso es heterogéneo y está sujeto a las oscilaciones que sus propios componentes le imponen; así, es posible pasar de la síntesis y la cooperación a la disgregación y los enfrentamientos, que no son sino manifestaciones de la misma multivalente realidad que los alimenta y sustenta. Todas las posibilidades han convivido, potencialmente, con mayor o menor fuerza en las diferentes coyunturas. De todas las alternativas expresadas es posible aprender para edificar un futuro respetuoso con las diferencias pero armónico.

Las características específicas de la dinámica cultural mediterránea están directamente relacionadas con las condiciones del ambiente humano en que se desarrolla. Igualmente las posibilidades de evolución y transformación cultural han estado ligadas siempre, de un lado, a las experiencias, invenciones y descubrimientos privados de los individuos y grupos, gracias a los cuales añaden continuamente nuevos valores, ideas, creencias, recetas y tradiciones a la capacidad de relación o intercambio que cada grupo ha mantenido con los otros. Por otro lado, el contacto con otras culturas suministra constantemente nuevos elementos. Estas adiciones proporcionan referencias para revalorar todos los elementos culturales, desde las creencias hasta las instituciones.

Por otro lado, la complejidad cultural alcanzada por cada grupo humano está potencialmente en la capacidad de cualquier lengua para objetivar y analizar la experiencia y para almacenar y recuperar la información. La lengua se configura así como un mecanismo depositario de la memoria, salvaguarda de la experiencia y conciencia de la comunidad, representando, además, los distintos modos de pensar socialmente la realidad. De otro lado la escritura, una pronta invención mediterránea, refuerza estos procesos y se convierte en un apoyo indispensable para la transmisión, desarrollo e innovación de los mecanismos culturales. Por tanto todos los casos de multiligüismo y préstamos de expresiones, palabras y signos, ocurridos en el Mediterráneo, desde tiempos remotos, trascienden, en sentido estricto, el mero intercambio semántico para ser vehículo y motor de las elaboraciones culturales procedentes de diferentes grupos y comunidades. Como consecuencia, las sociedades aisladas de relaciones interculturales, con formas de vida autosuficientes, tendrán menos oportunidades de avance y modificación interna que aquellas otras cuya vida de relación les permita obtener conocimientos de vecinos tecnológicamente más avanzados. Es decir, la capacidad de renovación es culturalmente más baja en la etnias «primitivas» y ágrafas que en las urbanas, lo cual explica que éstas mantengan un nivel más elevado de cultura material y de ejercicio de la vida intelectual, concentrando representaciones significativas de artes literarias y plásticas y que ejerzan una cierta hegemonía social y político-militar sobre las primeras.

En cualquier caso todo ello no debe llevarnos a olvidar, por exacerbación de lo urbano, que gran parte de la vida, al menos hasta los siglos XVII ó XVIII d.C., y por tanto de las aportaciones culturales, tiene lugar en el ámbito rural, donde la agricultura, pastoreo, ganadería y recolección y sus prácticas culturales asociadas sustentan gran parte de la población a lo largo de toda la historia mediterránea.

En la actualidad vivimos un momento en el que los elementos disgregadores aparecen con una fuerza mayor, hasta llegar a oscurecer los aspectos convergentes. Esta situación puede tener su punto de partida el siglo XVI d.C. en el que, de acuerdo con la tesis de Samir Amin, el sistema de intercambio mediterráneo se supera a partir de sus periferias. El Mediterráneo pierde interés para las sociedades capitalistas europeas y para las sociedades africanas, crecientemente islamizadas, que, además, se percibirán mutuamente como competidoras y rivales. Esta realidad, hasta cierto punto recogida por la formulación de *conflicto Norte/Sur*, no debe hacer que los historiadores perdamos de vista no sólo el peso, a

veces nostálgico, de los siglos anteriores sino la propia continuidad actual de la enriquecedora realidad común.

* * *

La funcionalidad de este mar a lo largo de la Historia ha sido múltiple y en muchas ocasiones ambivalente. Sus características geográficas, sus riquezas y recursos pueden ofrecer unas posibilidades deversificadas a las comunidades que con él se relacionan, como sucede con otros muchos otros elementos orográficos del planeta. Las relaciones hombre/naturaleza son dependientes de las aptitudes de ambos, de la capacidad de adaptación de la especie humana al medio y de las cualidades de esta naturaleza para permitir y soportar este tipo de vida.

La migración, la búsqueda de nuevas posibilidades, la exploración de nuevos territorios y asentamientos, por parte de individuos y comunidades, se realiza de manera totalmente instintiva, sin que suponga ningún esfuerzo especial. El nomadismo era, casi con toda seguridad, en todas las primeras comunidades una circunstancia natural de supervivencia y existencia. Sin embargo el traslado a través de las aguas supone siempre un esfuerzo adicional. Las aguas, ríos, lagos, mares y océanos, desde este punto de vista, adquirieron en si mismos más un significado de límite y frontera. Objetivamente constituyen un obstáculo difícilmente salvable si no es mediante el uso de técnicas y tecnología particulares, medios de transporte, animales de carga, carros, naves, etc., y vías de comunicación.

Por otro lado, los dones que la naturaleza otorga a cada ecosistema hace que difícilmente pueda ser encontrado uno donde puedan ser satisfechas completamente todas las «necesidades». Aún más, en muchos casos estas propias necesidades vienen diseñadas por las producciones de los «otros». Así, ante las carencias vividas por los grupos, el mar adquiere sentido como medio de transporte que rompe el aislamiento y se abre a nuevos recursos y experiencias. Las distancias no excesivamente grandes, los accidentes geográficos costeros, las islas y las corrientes marinas favorecieron el contacto; incluso las montañas tan cercanas en casi todas las costas, que actuaron de referente visual, hicieron que prácticamente casi todo el Mediterráneo fuese fácilmente navegable. Con el desarrollo de la tecnología marina, desde los tiempos prehistóricos, este mar se convierte en medio excelente de transporte de materias, hombres y mujeres. De esta forma se dimensionan y revolucionan las posibilidades marinas. Así, el mar, al igual que las cordilleras montañosas, los ríos, los desiertos, las llanuras, o cualquier otra circunstancia geográfica adquiere un papel ambivalente: favorecedor/entorpecedor de las relaciones entre

comunidades que se asoman a un lado y a otro de ellos. Por un lado, de vínculo, lazo, puente, etc., por otro de obstáculo, muro, frontera. Evidentemente este doble carácter no viene dado por sí mismo, sino por las dinámicas establecidas por las sociedades que lo moran en sus alrededores.

Cada coyuntura histórica, dependiendo de las dinámicas de las comunidades cercanas a él, le convierte en un elemento compartido o de competencia, de unión o desunión. Son ellas las que definen la pertenencia o no a un determinado ecosistema. El Mediterráneo no sería nada sin los pueblos y comunidades que han poblado sus orillas a lo largo de los años. Son ellos los protagonistas, sus realizaciones, sus deseos y anhelos, su lucha por adaptarse al medio, por convivir y controlar la naturaleza que les rodeaba. Las fuentes de información de la historia sólo nos transmiten un gran extracto de la «verdadera» historia que en este contexto sucedió.

* * *

La convivencia de distintos paisajes que van desde las abundantes montañas de formas accidentadas (los Alpes, el Apenino, los Balcanes, el Tauro, el Líbano, el Atlas, los Pirineos, etc.) pasando por las llanuras, desiertos e islas diversifica los paisajes y ecosistemas que encontramos en el Mediterráneo. Una consecuencia de ello es la distribución desigual de las potenciales llanuras cerealísticas (como las del Ponto Euxino, Norte de África, Sicilia y el valle del Guadalquivir) y de los metales, lo que hace que los enclaves más privilegiados por estas circunstancias sean ansiosamente deseados por todas aquellas poblaciones que alcanzan unas dimensiones sociales y demográficas imposibles de ser sostenidas en su entorno inmediato.

Al comprender esta variable y a veces la difícil orografía, se entiende que la historia de los hombres en el Mediterráneo se haya iniciado en muchas ocasiones en ecosistemas agrestes, con limitaciones importantes de tierras y de recursos naturales como los metales, etc., y cómo de esta manera se ha potenciado la movilidad y dinámica de los grupos humanos. La transhumancia y el nomadismo, que debieron ser las primeras respuestas, se verán inmediatamente complementada con intercambios esporádicos o estacionales para después pasar a un «comercio» más o menos estable. En efecto las condiciones geográficas, económicas, demográficas y sociales van a permitir y demandar relaciones multilaterales y multiformes que condujeron a unos ciertos niveles de convergencia y homogeneidad claramente perceptibles a lo largo de los siglos. El conocimiento del *otro* a través de continuos contactos desde épocas pasadas, de las posibilidades de sus territorios, de los recursos existentes, hicieron posible este

hecho. Después estas mismas vías abiertas fueron utilizadas por los movimientos migratorios, de mayores o menores dimensiones, y, como consecuencia última e indesgranable un *fluir* cultural continuo. Efectivamente a lo largo de la historia, desde la Prehistoria hasta nuestros días diversas etnias, pueblos y comunidades se han relacionado a través del Mediterráneo. Conocemos esta historia por la aparición de grandes hitos, pero ello no quiere decir que las realidades sociales menos significantes prescindieran de esta realidad del mar. En el Mundo Antiguo, Egipto utilizó las aguas para asegurarse el abastecimiento de maderas del Líbano, los *minoicos-creteses* fundaron su controvertida talasocracia; en la *colonización griega y fenicia* se percibe la sincronía con el mar; *cartagineses* y *romanos* heredan y aprovechan todas las experiencias previas para asegurar sus dominios. La llegada de los *vándalos*, *alanos*, *suevos* y *visigodos* y sus contactos con la cuenca mediterránea y la nueva hegemonía de Bizancio son los indicativos del cambio de era que se ve consagrada con la aparición trascendental del *Islam* en este ámbito. La llegada de los musulmanes a Europa sólo es comprensible desde un punto de vista histórico por las relaciones existentes a través de la navegación entre Africa y Europa. Es, pues, un episodio más de la dinámica permanente en la zona y que sufrirá un duro revés con el fin de la *reconquista*. A partir de esos momentos, tal como apuntábamos, se acentúa la autonomía de las sociedades cristianas frente a las islámicas y viceversa. Ello no nos debe llevar a interpretar que se cortaron todos los vínculos y relaciones, pero si que, frente a las dinámicas de siglos anteriores, se sufre una significativa regresión.

Con el paso de los años queda cada vez más patente como la presencia en el mar y su dominio se convierte en prioritaria, si no en imprescindible, para todas las potencias que emergen en sus orillas. Así sucede también con las nuevas «talasocracias» italianas (tales como *Génova*, *Venecia*, *Amalfi* y *Pisa*) y la sempiterna *Bizancio* que se ven obligadas a establecer ententes más o menos cordiales con los reinos islámicos en una repartición de las zonas de influencia y la búsqueda de un equilibrio. Sin embargo las cruzadas suponen una clara ruptura de esta posibilidad y, por contra, profundizan en las divergencias. La irrupción de los *turcos otomanos* añade una mayor complejidad al mosaico mediterráneo que se ve completado, en el siglo XV, con la actividad de *Aragón* y *Venecia*. Es justamente en este siglo cuando, en íntima relación con los acontecimientos mediterráneos, se emprenden las aventuras atlánticas que harán tomar distintas y nuevas dimensiones a todos los hechos que en nuestro marco de referencia ocurran.

Por otra parte este proceso global de *crisol cultural* es el que asegura las bases para las relaciones y conexiones con elementos procedentes de culturas más lejanas como son la índica, la china, las africanas y las del norte y centro Europa, etc., que encuentran aquí la suficiente y compleja experiencia cultural como para poder establecer fermentos enriquecedores en ambas direcciones.

Desde los minoicos hasta las flotas soviéticas y norteamericanas y los petroleros de diversas banderas, los prototipos de las naves han progresado sin cesar para cumplir mejor sus servicios de transporte de viajeros y materiales, mejorando las condiciones técnicas y materiales de las comunicaciones. Ahora la frontera está en los intereses de los poderes políticos, económicos o religiosos, que, desde una perspectiva inmediateista, optan mezquinamente por su inmediata auto-reproducción por encima de las *experiencias y bagajes patrimoniales comunes, que son, por otro lado, garantía de una convivencia no violenta y cooperativa.*

Granada, Junio, 1992